

en la cabeza á Moctezuma, de cuya herida murió, si es que no fué asesinado á puñaladas, como afirman algunos historiadores.

En vista de estos acontecimientos, Cortés se reconcentró en sus cuarteles, convocó una junta de guerra y se resolvió dejar la capital abriéndose paso á viva fuerza. Tomada esta resolución se llevó á efecto la noche del 1° de Julio de 1520. Los indios sintieron el movimiento de los invasores y después de destruir los puertos y de cubrir las lagunas de canoas, atacaron en las calzadas á los españoles, de la manera más furiosa. En esa noche memorable fueron diezmados los conquistadores, pereciendo unos pasados por las flechas y otros ahogados; todos perdieron los tesoros de que se habían apoderado y el mismo Cortés estuvo varias veces á punto de perder la vida. Por fin logró realizar su retirada, y sentándose al pié del hermoso ahuehuate, conocido hasta hoy con el nombre del Arbol de la Noche Triste, lloró la muerte de sus mejores amigos y meditó en toda la magnitud de su desgracia.

Pasados los primeros momentos de estupor, Cortés reunió los restos de sus fuerzas y se encaminó al cerro de Otoncalpolco, ocupando el teocali, después de un breve combate con los indios que lo defendían. En este lugar curó á sus heridos, reunió á los dispersos y reorganizado su ejército se dirigió rumbo al Norte, llegando á Otumba al cabo de siete días. En este lugar esperaba á los españoles un numeroso ejército de mexicanos que los atacó con ímpetu formidable, y ya los primeros se consideraban irremisiblemente perdidos, cuando Cortés seguido de Sandoval, Olid y Alvarado, se arrojó sobre el general que mandaba á los aztecas, lo derribó de las andas en que venía, y se apoderó de la bandera del imperio. Tal hecho desconcertó completamente á los mexicanos, que huyeron despavoridos, cediendo el campo á los conquistadores.

Después de este combate, que voces autorizadas han reputado como fabuloso, [1] Cortés continuó su retirada, hasta llegar sin más novedad á Tlaxcala, donde sus aliados lo recibieron muy bien, lo ayudaron á reponer sus pérdidas y á reorganizar sus elementos de guerra. Cortés permaneció en Tlaxcala hasta el 26 de Diciembre de 1520, fecha en que salió para México, con un ejército formado de ochocientos noventa y ocho españoles, ciento cincuenta mil indios aliados de Tlaxcala, Cholula y Huexotzincó y la cantidad suficiente de parque y demás recursos. Llegó á Texcoco el día 31 del mismo mes y año, y allí se le reunió el Príncipe Ixtlilxochitl con un ejército de cincuenta mil hombres, formándose un total de más de doscientos mil combatientes.

Desde luego se procedió á formalizar el sitio de la capital, utilizándose para este fin unos bergantines que se habían construido en Tlaxcala y más de diez y seis mil canoas.

Mientras tenía lugar lo antes dicho respecto de los conquistadores, en la capital de México pasaba lo siguiente:

A la muerte de Moctezuma II, fué nombrado emperador su hermano Cuiclahuatzin, que falleció á los pocos días de haber subido al trono, á causa de un ataque de viruelas, enfermedad desconocida en el país y que habían importado los invasores. Entoncec recayó el mando en el Gran Cuauhtemotzin, joven de veintidos años, tan valiente y digno que mereció ser comparado con los más notables héroes de la antigüedad.

¹ Altamirano en algunas conferencias que dió en la Sociedad de Geografía y Estadística, manifestó, apoyado en eruditos autores, la inverosimilitud de esa batalla ante la luz de la buena crítica.

Este bravo patriota, gloria de su raza, y aun de todos los que todavía llevamos en las venas algunas gotas de sangre azteca, hizo los preparativos necesarios para la defensa: acopió cuantos víveres le fué posible, levantó fortificaciones, cortó las calzadas, y formó también una gran flota de canoas. El joven monarca, á la cabeza de sus más valientes guerreros, se presentaba en todos los lugares que ofrecían mayor peligro y sólo tomaba momentos de descanso en su cuartel de Tlaltelolco.

Dilatado sería detallar los sangrientos combates que se repitieron en los seis meses de continua lucha y en los ochenta días de riguroso sitio.

Por último, los mexicanos destrozados por las armas de los sitiadores, diezmados por el hambre más espantosa y por las enfermedades que producían los miles de cadáveres hacinados en las calles, tuvieron que rendirse el 13 de Agosto de 1521. Cuauhtemotzin fué hecho prisionero en unión de la Emperatriz su esposa, y Cortés tomó posesión de la ciudad, quedando conquistada la más bella capital del Nuevo Mundo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

EL ARZOBISPADO DE MEXICO

PARTE BIOGRAFICA

I

Expresados ya en el capítulo preliminar los principales hechos que precedieron á la evangelización de los habitantes de Anáhuac, es menester ocuparse de la biografía de cada uno de los prelados que han gobernado la Arquidiócesis de México; pero antes, preciso es referir los antecedentes que tienen exacta conexión con el objeto esencial de este libro; esto es, los acontecimientos que formaron la base para la erección de este Arzobispado.

Con la expedición mandada por Hernán Cortés, vinieron á México dos sacerdotes: el religioso mercedario Fray Bartolomé de Olmedo y el secular D. Juan Díaz; ambos sacerdotes de conducta ejemplar, pero que casi nada podían hacer en bien de la propaganda religiosa, no solamente porque desconocían en lo absoluto el idioma de los naturales, sino por las circunstancias azarosas consiguientes á una guerra de conquista; así es que su ministerio se concretó por una parte, á ministrar los auxilios espirituales, que demandaban en su caso los conquistadores, y por otra á influir en el ánimo de Cortés, para evitar actos inconvenientes ó inhumanos. Esto debe entenderse que se refiere á los días de continua lucha por la conquista, puesto que al realizarse ésta, tanto el religioso Olmedo como el secular Díaz, se dedicaron á la conversión de los indios, logrando bautizar á muchos. Uno de estos sacerdotes dijo la primera misa en territorio mexicano, en la isla de Cozumel, por el día 25 de Febrero de 1519. (1)

En el año de 1522, llegaron á México tres religiosos flamencos de la orden de San Francisco: Fray Juan Tecto, Fray Juan Aaora y el lego Fray Pedro de Gante; «Trinidad apostólica» como le ha llamado con tanta razón el juicioso escritor D. Francisco Sosa, y en la que el padre Gante llevó dignamente la representación del Redentor.

El padre Tecto había dejado una posición brillante que le proporcionaba el hecho de ser confesor del Rey de España, por venir á este continente á predicar el Evangelio. Cortés supo aprovechar las cualidades de este benéfico sacerdote, encomendándole trabajos y comisiones de la mayor confianza y llevándolo consigo á la célebre expedición de las Abueras, durante la cual falleció de hambre el venerable é ilustrado religioso.

Nada diré con relación á Fr. Juan de Aaora, porque falleció en Texcoco, cuando comenzaba á ejercer su cristiano ministerio.

En cuanto á Fr. Pedro de Gante, bastará repetir lo que con relación á él, dice el escritor ya citado, en su obra «El Episcopado Mexicano:»

«Hablar de todo lo que los indios debieron al P. Gante, enumerar sus ser-

[1] Torquemada, Monarquía Indiana, libro 4º, capítulo IX, página 368.

vicios, sería lo mismo que interrumpir nuestra narración, para sustituirla con panegírico ó apología, que por entusiasta que fuera, todavía parecería débil y mezquina. Ya en otro lugar hemos dicho que cualquiera que pretenda iniciarse en el conocimiento de los orígenes de la civilización mexicana, posterior á la conquista, necesariamente tiene que seguir paso á paso la vida de este célebre franciscano, á quien se debe la fundación de la primera escuela ó seminario de la Nueva España, en que se enseñaba todo linaje de artes y oficios, y que Gante edificó y gobernó por muchos años, poniendo en ella talleres para sastres, carpinteros y herreros; escuela en donde se enseñaba á leer y escribir, y donde se formaron los primeros pintores mexicanos.»

Por mi parte debe advertirse que antes de la fundación relacionada ya, el P. Gante había fundado una escuela en Texcoco, que fué la primera del Continente Americano.

Como los primeros sacerdotes que habían venido á México en compañía de Cortés, fallecieron, el religioso en la Capital y el clérigo en el pueblo de Quechualac, se encontraba en realidad solo el P. Gante, cumpliendo con su sacrosanta misión.

Pero el 13 de Mayo de 1524 llegaron á las costas mexicanas, diez sacerdotes franciscanos y dos legos de la misma orden; doce apóstoles, heraldos de la ley de gracia y cuyos nombres ha grabado la historia con caracteres de oro.

Estos religiosos, mandados por el segundo general de la orden Fr. Francisco de Quiñones, bajo la superioridad de Fr. Martín de Valencia, fueron Fr. Francisco de Soto, Fr. Martín de la Coruña, Fr. Juan Juárez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Rivas y Fr. Francisco Jiménez, y los legos, Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Juan Palos.

Verdadero asombro causó á los naturales del país la llegada á México de estos doce religiosos, tanto por la humilde apariencia del sublime apostolado, cuanto por haber visto que los feroces conquistadores los recibían de rodillas y besando las manos que en vez de la espada homicida, ostentaban la insignia de paz y de amor para la Humanidad.

Pocos días de descanso se tomaron los venerables misioneros y después de reelegir como prelado á Fr. Martín de Valencia, acordaron distribuirse entre las entonces principales poblaciones que lo eran, Tlaxcala, Huexocingo y Texcoco, á las que respectivamente se dirigieron, comenzando desde luego y ayudados en todo por los naturales á la construcción de sus conventos y dependencias, consiguientes al fin elevadísimo que se proponían y que fué nada menos que la civilización de la raza indígena.

Difícil sería detallar las penalidades de estos héroes de la religión y las dificultades que tuvieron que vencer para lograr su objeto; siendo una de ellas el aprendizaje del idioma nahuatl que no sólo dominaron, sino que de él formaron los mejores tratados que han llegado hasta nosotros.

Establecidos así los doce franciscanos, comenzaron ya de una manera preferente los trabajos en favor de la religión católica, que tantos frutos debían dar con el transcurso de los años.

Una vez que Cortés tomó posesión de la Ciudad, ordenó á Antonio Quiñones y Alonso Dávila marcharan á España, los que partieron el 15 de Mayo de 1522, con el fin de informar al emperador del éxito alcanzado en sus conquistas y de la necesidad de mandar Obispos que velasen y trabajasen por el establecimiento de la religión católica.

En 1524 fué fundada la Iglesia Parroquial de México bajo la advocación de la Asunción de María Santísima. En el consistorio secreto habido el 12 de Agosto de 1530, según afirma el Sr. Torrubia, cuando gobernaba la Iglesia el Pontífice Clemente VII, fue elevada á la categoría de Episcopal conservando la misma advocación y eligiendo para su primer Obispo á Fr. Pedro de Gante, quien por su humildad renunció y en su lugar fué preconizado el Ilmo. Sr. Zumárraga. En la bula de erección «Sacri apostolatus ministerio,» expedida el 2 de Septiembre de 1530 por el mismo Pontífice y que íntegra se encuentra en el Concilio III Mexicano, se facultó al Obispo para instituir, erigir y crear las dignidades que debían formar el cabildo, las mismas que después de la erección de la Catedral hecha en Toledo en 1534 por el Ilmo. Sr. Zumárraga, se hicieron y fueron las siguientes:

Cinco dignidades consistentes en el Deanato, Arce Deanato, Chantría, Maestrecolía y Tesorería. Diez canonicatos y prebendas, seis raciones, seis medias raciones, cuatro rectores ó curas, seis acólitos y seis capellanes. Además, sacristán, organista, pertiguero, mayordomo ó procurador de la fábrica de la Iglesia y hospital. Cancelario ó notario de la Iglesia, Cabildo y perrero.

Las rentas que en la misma erección de 1534 se asignaron, fueron las siguientes: el Arzobispo, 700 libras llamadas pesos: al Dean, 150 pesos al mes ó 1,800 al año; las dignidades 130; los canónigos 100; racioneros 70; medios racioneros 35; cuatro curas ó rectores capellanes 30; acólitos 12; organista, notario y pertiguero 16, mayordomo y perrero 12; haciendo un total de 45,108 pesos anuales.

Por fin, á instancias del emperador fué elevada á la categoría de Arzobispado en 1545 por el Pontífice Paulo III y se le asignaron como sufragáneas las Diócesis de Chiapas, Guatemala Oaxaca, Michoacán y Tlaxcala.

Su extensión, según afirma Villaseñor, era de 180 leguas de longitud y 37 de anchura, comenzando desde las playas del Pacífico en el puerto de Acapulco hasta cerca del Golfo de México en el Pánuco y la Huasteca. Tenía algunos curatos en los Estados de Puebla, Veracruz, Guanajuato y San Luis Potosí, contando 240, de los cuales 8 pertenecían al primero, 4 al segundo, 3 y 4 á los tercero y cuarto respectivamente y 125 á México, divididas así por el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Antonio Lorenzana, el 3 de Marzo de 1772. Hoy comprende solo el Distrito Federal, Estado de México y parte del Estado de Hidalgo, así como la vicaría fija de Calpulalpam que pertenece á Tlaxcala, contando 18 parroquias y 4 vicarías fijas en la ciudad de México y 122 foráneas 44 vicarías fijas, haciendo un total de 188.

Al tratar de la parte geográfica y estadística se publicarán datos más completos á este respecto; por ahora, tiempo es ya de ocuparnos de la parte esencialmente biográfica.



Ilmo. Sr. D. Fray Juan de Zumárraga,

Primer Arzobispo de México.

HE aquí una de las glorias del episcopado mexicano y que sin embargo ha sido la más censurada, acaso, por escritores de alguna reputación, pero carentes de la fría imparcialidad que debe normar los conceptos de todo historiador que aspire al justo título de tal.

Veamos á este respecto lo que dice el católico escritor Don Joaquín García Icazbalceta, el mejor biógrafo indudablemente, del ilustre prelado que nos ocupa: "De los hombres que han figurado en nuestro suelo, pocos habrá que hayan sido juzgados sin pasión, porque el antagonismo de razas, la falta de instrucción, las discordias civiles, y sobre todo las religiosas, han agriado los ánimos y ofuscado las inteligencias. Entre las víctimas de la ignorancia y del espíritu de partido se distingue el Ilmo. Señor Don Fray Juan de Zumárraga primer Obispo y Arzobispo de México. Merced en gran parte, á las declamaciones de escritores vulgares; de aquellos que escriben sin leer, ó leen para mentir mejor, el respetable y benéfico prelado llegó á ser en concepto de muchos, un tipo de Frayle ignorante y fanático. Mas no le rebajan y zahieren por celo de la justicia, ni por amor á la verdad, sino á veces por pura ignorancia, y los más porque piensan con ruin lógica, que en su persona combaten la religión que profesaba y que fué el movil de todas sus acciones. La Religión, la Iglesia, el Sacerdocio son el verdadero blanco de esos ataques. Y osan juzgarle sin crítica, por narraciones inventadas ó desfiguradas á placer, sin haber leído siquiera sus escritos, donde debieran ir á buscar, si quisieran ser justos, la expresión de sus opiniones y los rasgos indispensables